

España, guardia de Europa

Por GABRIEL ALOMAR

(*"Ahora"*, Madrid, 21 de agosto de 1956)

Los sublevados han querido dar categoría internacional a su movimiento. Han pretendido convertir en situación de derecho el hecho de la posesión de algunas provincias españolas. Pero la España que ellos instaurarían si triunfaran sería, internacionalmente, muy distinta de la España republicana. Por esto la guerra civil española se ha reflejado más allá de las fronteras en una renovación de la guerra europea.

¿Quiénes son ellos? ¿Cuál es su tradición? La posición que adoptaron en la Gran Guerra no se fundó en el amor a determinadas naciones, sino en el odio a otras. Defendieron a los Imperios centrales porque odiaban a Francia y a Inglaterra. Las odiaban porque veían en ellas a los focos de todo sentido liberal. Hoy, ante ciertos increíbles episodios, recordamos con ironía los calificativos que esos mismos hombres aplicaban a Italia cuando esquivó el Pacto de la Triple Alianza y, sobre todo, cuando entró en la guerra al lado de los franceses.

Ni ellos defendían a Alemania por amor a su verdadera cultura ni admiran hoy a Italia por el enorme caudal histórico de la suya. Lutero les sirvió un día de excusa para justificar una aversión. Otro día, el motivo fué Kant, o Hegel, o Krause, o Carlos Marx. Ayer odiarían a Italia por Garibaldi, o por Mazzini, o por Carducci. Pero hoy la adoración por los regímenes de autocracia les hace olvidar todas las persecuciones religiosas; les hace olvidar la destrucción de las magníficas organizaciones del catolicismo político, lo mismo la del asesinato Erzberger que la de don Sturzo.

Su alevoso ataque contra España no es una pendencia limitada entre fronteras. Es una cruzada contra la fórmula misma de Frente Popular. No sé si las naciones que forman el sentido occidental de Europa se han percatado del alcance que tendría una imposible victoria de nuestros adversarios. Significaría, simplemente, el levantamiento de una nueva frontera militar para Francia. Entonces sí que "habría Pirineos" para la necesidad estratégica de Francia. En cierto modo habría también aquí un nuevo Rin para la Gran Bretaña. El cerco de Francia sería entonces completo. Y políticamente el Frente Popular francés uniría su suerte, más tarde o más temprano, al Frente Popular español.

En 1914, cuando la legión garibaldina acudió de nuevo a Francia, como en 1870, y regó los campos de las Ardenas con la sangre de Bruno y Constantino, también dieron su vida por Francia generosamente grupos de voluntarios españoles, sobre todo catalanes. Es imposible ignorar que si entonces el territorio francés estaba invadido, también lo está hoy el territorio español, y lo está por los enemigos del

espíritu que entonces representaba Francia, del espíritu que hoy representan España y Francia, del propio espíritu que representa tradicionalmente Inglaterra, y con ella todas las naciones de tipo liberal.

Acaso, en lo hondo de algunas conciencias, surge una objeción: contra España se conjuran hoy los odios que levantaron contra la Francia del "cártel" la conspiración de los Bancos; más aún: se quiere suscitar contra ella una especie de nueva cruzada, como la que produjo la intervención contra Rusia, en la que tan equivocadamente participaron la Inglaterra "tori" y la Francia de Millerand. Pero yo creo que en este punto radica precisamente la primordial necesidad de que tenga España, en esta hora trágica, la representación del espíritu europeo y el vivo contacto con las naciones conscientes del supremo momento en que vivimos, evolutivo o revolucionario, según se quiera. La hora de ese gran cambio social ha sonado para España. Pero no es sólo una hora española; es una hora europea, es una hora mundial. Según sea el concurso moral que reciba España de Europa, ese momento histórico tendrá diversa irradiación ejemplar sobre las otras naciones que han de sufrirlo.

Valientemente España soporta una prueba heroica. Sangre, dolor, ruinas, es cierto; pero también grandeza y gloria. Por primera vez un Gobierno y un pueblo se enfrentan con un Ejército que se obstina en hacer sobrevivir los valores sociales y políticos superados, las fuerzas de opresión y de injusticia. Cuanto más libre encuentren su camino las fuerza libertadoras, menos se empañará su gloria con los desmanes que puedan convertir ante el extranjero esa gloria en peligro y en anarquía.

España está, por primera vez, en revolución. Pero esa palabra, hecha para asustar a los inadaptados, puede ser, según los obstáculos que se le opongan, un torrente de violencias o un aceleramiento agudo de la evolución, iniciada sin sangre el 14 de abril. Una Europa comprensiva debe abrir el alma, anhelante, ante esa lucha ejemplar, en la cual ella misma está interesada a vida o a muerte.

Esta revolución ha sido provocada por la más incalificable de las agresiones. La Revolución francesa produjo la guerra. La Revolución española ha sido producida por la guerra. Todos los desafueros que pueda cometer una revolución son debidos a la hostilidad con que se la quiere dificultar. Cuanto más libres tenga sus manos este ejemplar Gobierno republicano democrático de España que está dirigiendo una Revolución, mayor será el provecho para toda la Europa similar a nosotros. España puede encauzar diestramente el río de la evolución inevitable de Europa.

Cuando se aduce el recuerdo del Dos de Mayo de 1808 con motivo de estas jornadas, pienso que la rememoración es inadecuada y que estos días son muy superiores a aquellos.

El impulso que produjo el Dos de Mayo de 1808, fué, en realidad, todo lo contrario del actual. Aquellos españoles se alzaban contra la ofensa inferida a las personas reales, que simbolizaban para ellos los más sagrados derechos hogareños. El espíritu de la Vendée, el de Bretaña, el de los Chuanes, animó a nuestros guerrilleros, combatiendo por un rey que, ciertamente, no se lo merecía. Ahora, Madrid ha luchado por conservar su libertad y el pleno albedrío de sus destinos. Y la jornada española del 20 de julio, dando carne viva ante nuestros